



El Rastro

SEMPITERNO

Del lat. *sempiternus*. adj. Que durará siempre; que, habiendo tenido principio, no tendrá fin.

Miguel Ángel Sintés Puertas



Edición no venal

© de la presente edición
Asociación de Comerciantes
"Nuevo Rastro de Madrid"

© de las fotografías
sus autores

© de los textos
sus autores

Coordinación, diseño gráfico y maquetación
Miguel Ángel Sintés Puertas

Diseño de la portada:
Miguel Ángel Sintés Puertas

ISBN
978-84-09-54044-0

Depósito Legal
M-28284-2023

Impresión
GRÁFICAS JOMAGAR

Queda prohibida la reproducción total o parcial
de este libro por cualquier medio electrónico o
mecánico, sin autorización por escrito del autor.





Había las 'Américas' y había además el 'Mundo Nuevo'. Y efectivamente, aquel era otro mundo. Hasta allá navegaba la civilización, llegaba la ciudad. Y allí se acababa.

Arturo Barea. "La forja de un rebelde"





© Eduardo Dea González

	página
El Rastro “la gran familia” <i>Andrés Trapiello</i>	13
El Rastro en la Historia de Madrid <i>José A. Nieto Sánchez</i>	19
Andrés Ripollés y Baranda	35
Juan Miguel Pando Barrero	47
Juan Pando Despierto	63
José Luis Mur Vidaller	79
César Lucas	97
Eduardo Dea González	115
Vicente López Tofiño	133
Bernardo Pérez Tovar	149
Jorge Póo Rayón	167
Miguel Ángel Sintés Puertas	183
Julián Rojas Ocaña	201
Pepe Calderón	219
El Rastro sempiterno <i>Miguel Ángel Sintés Puertas</i>	233



El Rastro

“la gran familia”

Andrés Trapiello



El Rastro es lo más fotogénico de Madrid. Si se le compara con París, Lisboa o Venecia, Madrid hace un papel fotográfico discreto. Sin embargo en el Rastro, que es donde Madrid está más derrotado, Madrid se viene arriba fotográficamente hablando. ¿Por qué la pobreza es más fotogénica, por qué los bufones y enanos de Velázquez impresionan tanto o más que sus reyes y conde-duques? Por lo mismo que decía Tolstoi de las familias: así como las felices se parecen mucho unas a otras, las desdichadas lo son cada una a su manera.

Todas las cosas que llegan al Rastro son únicas, a todas les acompaña una historia especial, irrepetible. Es un error de bulto creer que porque las cosas que llegan al Rastro están a menudo trasteadas y concluidas, habrán tenido una existencia desventurada.

Las cosas del Rastro llegan con su pasado feliz y triste, sombrío y luminoso, memorable y anodino. El Rastro es mezcla, como la vida. Y todos esos objetos, grandes

o menudos, irradian un aura especial, cautivadora, hipnótica. Esta es la razón, a mi modo de ver, por la que tantos fotógrafos se han sentido atraídos por el Rastro y lo que sucede en su calles y plazas: todo lo suyo nos cuenta siempre algo. Y por supuesto las personas que van al Rastro, rastrosos, rastristas, barateros, anticuarios, aljabibes, poquiteros, zarracatines, regatones y curiosos, todos, fijos o de paso, tienen muchas historias que contar. En el Rastro las personas nos humanizamos contando y escuchando, y las cosas que se venden allí, esperando, alcanzan una especie de santidad que no conocían antes.

Al final todo lo del Rastro tiene algo de milagroso, y lo raro es que siendo esto así, haya tan pocos libros de fotografías del Rastro. Fotos del Rastro hay millones. Pero libros monográficos del Rastro, muy pocos. ¿Cómo es posible, si es tan fotogénico? Yo creo que se debe a que el Rastro está lleno de trampas para un fotógrafo. Lo costumbrista y lo exagerado, anormal y monstruoso

resultan tan llamativos y son tan tentadores, que los fotógrafos quedan enredados en la superficie facilona y las fotos pueden acabar saliéndoles un poco banales. Los fotógrafos lo saben, y conoce uno a algunos a los que el Rastro, después de unos primeros tanteos, les ha derrotado.

Tras pasar la banalidad y bucear en lo hondo, en sus bajos fondos podríamos decir, solo está al alcance de pocos. Los fotógrafos más importantes con libros del Rastro están representados en este, que es una gran antología. Quien quiera hacerse una idea de lo que ha sido este mercado a lo largo de los últimos cien años, tiene bastante con esta muestra. Son todos ellos fotógrafos que le han dedicado muchos años a ese trabajo, y solo así han logrado cada uno de ellos sus grandes fotos. (Carlos Saura es la excepción: debió de hacer el suyo, tan bueno, en dos o tres domingos, claro que en una de las dos edades doradas del Rastro, los años sesenta del siglo pasado). ¿Y cómo es posible esto último? Porque el Rastro puede también ser

generoso con aquel que va una o dos veces. Y así, hay bastantes grandes fotógrafos que no habiéndolo frecuentado mucho, tienen un puñado de fotos memorables de ese mercadillo, de sus gentes, de su ambiente... Incluso espontáneos que con su máquina (o su móvil) se han llevado una gran instantánea, de la misma manera que un lector curioso y diletante ha encontrado en su única visita al Rastro ese libro rarísimo y valioso que el bibliófilo asiduo lleva persiguiendo cincuenta años sin habérselo tropezado nunca (y quien dice un libro, dice una pintura, un juguete, una cerámica antigua, un trozo de hierro medieval).

Por suerte para todos, los fotógrafos de este libro han dejado para nosotros y la posteridad, como en el célebre *The Family of Man*, un gran retrato de quienes formamos la gran familia del Rastro. Lo conservaremos como oro en paño... hasta el día en que alguien lo lleve a vender al Rastro (dentro de muchos años, desde luego).

Madrid, 15 de octubre de 2023



Andrés Trapiello en el Rastro (1997). Fotografía: Juan Ballester

Andrés Trapiello nació en Manzaneda de Torío (León) en 1953 y desde 1975 vive en Madrid. Escritor y poeta. A Madrid le ha dedicado un libro reciente, *Madrid* (2020), y al Rastro otro, *El Rastro* (2018), exhaustivo estudio del mercadillo que frecuenta cada domingo desde hace cuarentaicinco años, y al que ha dedicado también numerosas páginas de su *Salón de pasos perdidos*, «una novela en marcha» de la que lleva publicados veinticuatro tomos. Es autor de *Las armas y las letras* (1994 y 2019), sobre el comportamiento de los escritores en la guerra civil, y, entre otras, de las novelas *Los amigos del crimen perfecto* (Premio Nadal, 2003) y *Al morir don Quijote* (2004), que narra las postrimerías de la historia cervantina. Es autor de una traducción del *Quijote* al castellano actual, y su biografía poética la resumió él mismo en un ensayo/antología que tituló *La Fuente del Encanto* (2021). En la actualidad escribe semanalmente en el diario *El Mundo* y en *La Lectura*. Su labor literaria ha sido reconocida con numerosos premios y traducciones a distintas lenguas.



El Rastro

en la historia de Madrid

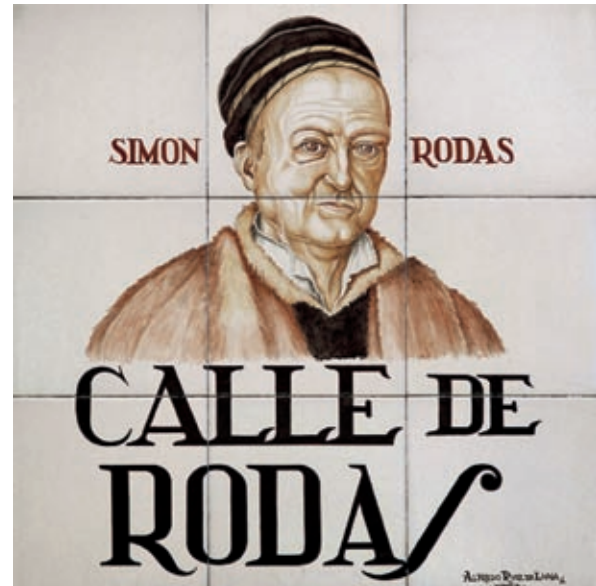
José A. Nieto Sánchez



Desde que Felipe II decidió instalar la capital en Madrid en 1561, el barrio del Rastro se ha distinguido por su carácter abierto y trabajador. Abierto porque ha acogido a un buen número de inmigrantes procedentes de lugares muy diversos, y trabajador porque la mayoría de los recién llegados y de los ya establecidos eran personas en busca de un empleo que no siempre se encontraba fácilmente y cuando se conseguía era en oficios considerados viles, como todos los vinculados con el cuero. También, como podemos ver en un documento de 1625, el comercio minorista fue un buen recurso para las economías más modestas de los barrios del sur cercanos a la calle de Toledo. El símbolo distintivo de nuestro barrio ha sido el matadero de reses establecido a finales del siglo XVI en la plaza Vara de Rey -conocida antes como el Cerrillo del Rastro- así como las industrias del cuero derivadas del mercado de la carne.

Las curtidurías daban nombre a la principal calle del barrio -llamada en el XVII Te-

nerías y luego Ribera de Curtidores-, pues las pieles ocupaban a curtidores, guanteros, pellejeros, guarnicioneros, pergamineros, fabricantes de cuerdas para instrumentos musicales, zapateros... En suma, oficios del cuero, que como decíamos eran considerados viles.



Rodas, famoso curtidor del barrio

Pero había más que cuero, pues otros industriales aprovechaban al máximo las oportunidades del trabajo abundante y

barato. En el barrio también había fabricantes de hachas de viento¹, cera y velas de sebo; un buen número de papeleros, tejedores y pasamaneros; sastres y costureras; y a fines del XVIII la instalación de sendas fábricas reales –de salitre y tabacos- facilitó trabajo a muchos habitantes del barrio. Todos ellos conformaban el paisaje socio-laboral de los barrios del sur de Madrid.

El sistema mercantil imperante en Madrid se caracterizaba por la profusión de mercados improvisados e ilegales, conocidos como baratillos. Estos comienzan a aflorar en 1561 nada más llegar la Corte a Madrid de forma definitiva. A finales del siglo XVI y durante todo el XVII estos mercados ambulantes surgen en un buen número de plazas y calles. Cualquier lugar era bueno para vender medias, encajes, cintas, abalorios, botones... Todos son perseguidos por las leyes contra los baratillos que prohíben la venta ambulante en la Villa y Corte.

En esta comunidad del baratillo había muchos profesionales (buhoneros o cajeros); también muchos madrileños y madrileñas faltas de recursos. Hubo que esperar al siglo XVIII para que todo este trasiego de vendedores, compradores y productos se centralizase en un lugar de la ciudad.



El baratillo de la Plaza de Santa Cruz hacia 1680

Un baratillo que nos ha legado una fascinante escena es el que estaba ubicado en la plaza de Santa Cruz. En la esquina izquierda del edificio de la Sala de Alcaldes

¹ Mecha de esparto y alquitrán.

de Casa y Corte –hoy sede del ministerio de Asuntos Exteriores- se aprecian unos puestos de pañuelos, y en la misma fachada de la que en aquel momento era la Cárcel de la Corte, hay escarpías de las que cuelgan otros productos textiles. Pero lo que sobresale entre el gentío del centro de la plaza son los muebles puestos a la venta. La plaza alojaba también hostales frecuentados por inmigrantes y era lugar de contratación de criadas y trabajadores de la construcción. En los soportales de la derecha se concentraban los zapateros, que sacaban a la calle sus puestos.

En las primeras décadas del XVIII ya confluyen en las calles aledañas al Rastro los vendedores de comestibles, zapatos, ropas y objetos usados. Este último fue el producto con más fortuna.

Así desde 1710 vendedores y compradores de ropa y otros artículos de segunda mano comenzaron a concentrarse entre las Plazuelas del Duque de Alba y la Cebada, y las calles Estudios y Cuervo. En 1712 ya había

9 prenderías en esta área –de un total de 45 en la ciudad- y en 1727 el famoso Torres Villarreal mencionaba a los prenderos de San Millán suministrando ropa usada a los inmigrantes gallegos y asturianos. Hablamos de



Plaza de la Cebada (1770). *Manuel de la Cruz Vázquez*

momento de tiendas, pero en 1738 varias mujeres fueron denunciadas por vender de forma ambulante ropa de segunda mano en la Plazuela del Rastro. Y ya en el año 1740,

los vendedores ambulantes de ropas usadas se asentaron definitivamente en estas plazas y calles, de modo que El Rastro surgió entonces como mercado de diario de objetos usados.

En 1751 tenemos la primera referencia del mercado de domingos y en 1763 del de festivos. En suma, en los años 1760 El Rastro ya era una realidad periódica de la vida de Madrid.

Conocemos esta cronología por las denuncias elevadas por los ropavejeros y prenderos a la Sala de Alcaldes de Casa y Corte, el alto tribunal cortesano donde se dirimían las cuestiones relativas al comercio y abasto urbano. Esas denuncias siempre inciden en la competencia que les supone a los dos oficios la venta ilegal de ropa efectuada por hombres y, sobre todo, mujeres pobres, del barrio.

Esa venta era ambulante, solía hacerse a primeras horas del día y lo que empezó siendo una práctica realizada en días laborables acabó ejerciéndose también en domingos y festivos.

A la altura de 1750 el asentamiento de los vendedores ambulantes en el Rastro refleja que las clases populares madrileñas habían encontrado una solución al suministro de objetos usados en el dramático contexto económico que preludiaba el motín de 1766.

Desde el año 1770 son ya muy abundantes las referencias documentales del mercado de ropa usada del Rastro, pues muchos hombres y mujeres se dedicaban a vender ropas, alhajas y trastos. El Rastro aparece incluso en las obras de literatura: en 1770 Ramón de la Cruz lo incluye en un sainete titulado *“El Rastro por la mañana”*



Las mujeres sobresalen en estos tráficos, de manera que un contemporáneo afirmaba “que éstas [mujeres casadas] entre semana no hacen otra cosa que adquirir ropas y demás cosas para venderlas en los domingos y otros días festivos por las referidas calles, Plaza Mayor y particularmente el Rastro como si fuese mercado público”.

Muchas eran vendedoras ambulantes, pero también las había que tenían tienda fija y 60 estaban incorporadas en el gremio de prenderos (cuando las mujeres estaban excluidas de las corporaciones).

Ante la avalancha de vendedores y compradores, el ayuntamiento tuvo que eliminar la prohibición de la venta, de modo que la venta callejera en un puesto pasó a ser legal a cambio del pago de una

licencia. En 1811, en plena guerra de la independencia, el ayuntamiento concedió la primera licencia de venta en el Rastro.

En la década de 1820, varios zapateros comenzaron a vender calzado hecho en exclusiva para los puestos del Rastro. Se iniciaba así la comercialización de productos nuevos en nuestro mercado. Las protagonistas de este

tráfico también eran mujeres.

En 1834 el Marqués de Pontejeos intentó por primera vez eliminar el mercado de su ubicación original. Fue un intento infructuoso.

Las formas de venta dieron un giro en la segunda mitad del siglo XIX con la aparición de los bazares de las

Américas, que pasaron a ser el alma del Rastro.

Por primera vez, los vendedores ambulantes tendrían un espacio para ellos resguardado de las inclemencias del tiempo.



Photoglob Zurich (P.Z.)

Cuando hacía buen tiempo podían sacar a sus patios las mercancías, y cuando llovía podían seguir realizando sus ventas en los cobertizos del bazar. Contaban con lugares de almacenamiento propios y urinarios. A



Interior del Bazar de la Casiana (1901). Fotografía: Jean Laurent. Colección Baena. Biblioteca Digital Memoria de Madrid.

cambio de estos servicios pagaban una cantidad fija a sus administradores. Los peligros de comerciar allí no eran pocos: la acumulación de productos hacía que los incendios estuviesen a la orden del día.

Los bazares más célebres eran tres: el

primero en levantarse fue el denominado de las Primitivas Américas o Bazar de la Casiana. Estaba en el número 13 de la calle de Mira el Sol, esquina con la Ribera de Curtidores. Otro estaba al final de la Ribera de Curtidores y contaba con dos establecimientos separados por un estrecho pasillo, eran las Grandiosas Américas o también llamado el Bazar del Médico. Otro se encontraba en la actual ronda de Toledo, antes llamada Ronda de Embajadores. Era el Bazar de El Federal o las Américas Bajas.



Grandiosas Américas (anónimo)

Estos tres bazares tenían en común compartir el nombre y algunos rasgos como el tipo de productos a la venta (fundamentalmente ropa usada, muebles y libros viejos, y artículos

de lance) y la morfología del establecimiento (en origen antiguos corrales o tenerías rehabilitados para la ocasión). En algunos se vendían obras de arte y manuscritos antiguos.

De finales del siglo XIX datan los primeros grabados y litografías aparecidos en los periódicos y revistas de la época.



El Rastro en 1880. Dibujo de Domingo Muñoz y grabado de Andrés Ovejero. Fundación Museo de las Ferias.

En el año 1905 confluyen tres hitos de la historia del Rastro: legalización de la venta los domingos, una demanda de décadas de los vendedores con tienda y del comercio ambulante; desaparición del "Tapón del Rastro", un



Tapón del Rastro (anónimo)

edificio que impedía el acceso desde la calle Estudios a la Ribera de Curtidores y que supuso la apertura de una salida del centro de la ciudad hacia los barrios del sur; y Blasco Ibáñez publica "La Horda", donde un literato ofrece la primera descripción precisa del mercado.

Entre 1905 y 1936 El Rastro se convierte en un zoco cosmopolita. La conjunción de venta ambulante, puestos fijos, tiendas y bazares o patios y corralas comenzaba a llamar la atención fuera de Madrid. En él se ganaban la vida muchos vecinos del barrio,

al tiempo que comenzaban a frecuentarlo nuevos clientes, desde dandys a extranjeros ávidos de antigüedades y gangas.

También lo visitaban escritores como Pío Baroja o Azorín, pero sería Ramón Gómez de la Serna el que se quedaría prendado del mercado, llegando a escribir "El mundo me anonadó en plena adolescencia desde el fondo del Rastro". En 1914 saldría a la imprenta su obra "El Rastro", sin duda, la obra más famosa dedicada a nuestro mercado y barrio.



© Asociación de Libreros de Lance de Madrid

En 1940, Arturo Barea publica en Londres desde el exilio, su obra autobiográfica "La forja de un rebelde", en la que describe en el primer volumen con gran precisión el ambiente y las calles del Rastro de Madrid.

Pese a la mayor popularidad del mercado, este tuvo que sufrir nuevos intentos de cambio de ubicación de los bazares o de todo el mercado. Así sucedieron en 1891, 1924 y 1933. También resultaron baldíos.

Hubo Rastro durante la guerra. Pese al riesgo que significaban los obuses, lo hubo en los bazares de las Américas y en la misma Ribera de Curtidores. El 18 de julio de 1937, un año exacto después del golpe de Estado, el periódico "La Crónica" publicaba en tres columnas un reportaje sobre el Rastro titulado *Los penúltimos héroes de Cascorro*. "Entre los adoquines del Rastro, removidos por una explosión, crecen frutos que nadie sembró". En este artículo-reportaje aparecen varios vendedores del Rastro dando su opinión sobre la situación del mercado, amén de sus fotografías.

El más afectado por la aviación franquista fue el Bazar del Médico, donde en noviembre de 1936 una bomba se llevó por delante gran parte de los depósitos de hierros y maderas, el material de derribo almacenado, el mármol y las bañeras allí depositadas. Descendieron los clientes y con ellos las ventas, pero hubo comercio ambulante en Cascorro y siguieron abriendo Las Américas. Las milicias acudían al Rastro para adquirir motores para sus camiones, varios vendedores suministraban piezas y metal para el ejército republicano e incluso un carpintero del bazar de la Casiana elaboraba sillas y mesas para escuelas, hospitales y cuarteles.

Al acabar la guerra el Rastro fue una de las vías de conseguir dinero fácil mediante el estraperlo. En el mercado se vendían ilegalmente y a pequeña escala productos de primera necesidad básicos para la población del barrio. Estos negocios no sacaron de la miseria a la inmensa mayoría de comerciantes, pero unos pocos



se labraron gruesas fortunas y lograron cambiar de vida. Es el Rastro reflejado en "Domingo de carnaval" de Edgard Neville (1944) o en "Mi tío Jacinto" de Ladislav Vajda (1956).

También es el Rastro en el que los anticuarios decidieron prescindir de los bazares y construir edificios nuevos en los que exponer y vender sus productos. Es el surgimiento de las Galerías.

Las primeras Galerías se erigen en 1940-1941. Son las Galerías de la Ribera en el número 35 de la Ribera de Curtidores o también llamadas Galerías Bayón, porque los hermanos así apellidados consiguieron enriquecerse con la venta de los artículos decomisados al ejército republicano.

En 1951 se abrieron las Galerías Piquer, un espléndido edificio primero llamado Isla de Cuba, donde se concentraron los mejores anticuarios de todo Madrid. Un año después, los clientes ávidos de antigüedades, vieron como la oferta de estos artículos se incrementaba con la apertura de las Nuevas Galerías.

En 1961 un joven Carlos Saura fotografió un cambio de ciclo del Rastro. Sus fotos reflejan un mercado entre el fin de la autarquía y el comienzo del llamado "milagro español".

Eran los años que preludiaban el crecimiento del turismo y la implantación de las bases americanas. El Rastro se benefició de ambos factores, de manera que aumentaron las ventas destinadas al exterior –hubo empresas especializadas en la exportación de antigüedades-, la presencia de turistas extranjeros y la variopinta oferta de obras de arte y negocios de pega. Son años de transformaciones importantes en el barrio: desaparece el boulevard de la antaño Ronda de Embajadores y comienzan las primeras señales de alarma para los bazares de las Américas.

Mientras los hippies y los exiliados latinoamericanos se presentan como la nueva hornada de vendedores de los años 1970, El Rastro sigue su labor de hervidero social, cultural y político. Patxi Andion regala un himno al barrio y al mercado con su celebre "Una, dos y tres..."

Ya muerto Franco, Cascorro se convierte en punto de encuentro de partidos políticos y movimientos sociales que ven en el Rastro un



posible escaparate para sus demandas.

Todos, junto a los vendedores ya establecidos hacía tiempo, experimentan los rigores de una crisis económica sin fin, así como la violencia de grupos de ultraderecha.

Con los comienzos de la Movida, el Rastro presencia la llegada de jóvenes más preocupados por la cultura underground, de los fanzines y la música. Mientras tanto, el Ayuntamiento se desentiende del mercado y éste se expande sin límites.



© Pepe Calderón

En la década de 1980 desaparecen muchos de los rasgos distintivos del Rastro. Los bazares de las Américas languidecen o cierran, y el Rastro de diario llega a su fin. La presión al Ayuntamiento por parte de los vendedores que ven una situación crítica del mercado, deriva en el asociacionismo de los comerciantes y la organización de las primeras jornadas de estudio sobre el Rastro. Se regula el límite espacial del mercado, desaparece la venta en la calle Gasómetro y el negocio de los coches de segunda mano. También aparecen innovaciones: el mercado del disco y el de los ordenadores florece. Muchos artistas ven en el Rastro inspiración para sus obras, ya sea cine, fotografía, música... El ambiente cultural del Rastro queda inmortalizado en el hermoso mural de Enrique Cavestany en el comienzo de la calle Embajadores.

Y con el nuevo siglo, llegan más problemas y nuevas luchas de los vendedores, propias de un mercado vivo y rebelde, como la misma ciudad de Madrid.

José A. Nieto Sánchez



José A. Nieto Sánchez en El Rastro. *Fotografía: Miguel Ángel Sintés Puertas*

José A. Nieto Sánchez es Doctor en Filosofía y Letras por la Universidad Autónoma de Madrid y profesor de Historia Moderna en dicho centro docente. Buena parte de sus trabajos de investigación giran en torno al comercio de Madrid y su provincia, pudiéndose destacar sus monografías sobre el Rastro de Madrid, singular mercado al aire libre de tradición histórica cuya complejidad ha podido estudiar desde dentro, debido a la circunstancia de pertenecer a una familia de vendedores con tradición en el castizo entorno de la plaza del Campillo del Mundo Nuevo. En el año 2007 el Ayuntamiento de Madrid le concedió el “Premio Villa de Madrid de Investigación Municipal”.



Andrés Ripollés y Baranda





Andrés Ripollés y Baranda

La Almolda (Zaragoza) 1845 - Madrid 1926

Andrés Ripollés y Baranda fue un teniente coronel e ingeniero de ferrocarriles, gran aficionado a la fotografía y presidente de la Real Sociedad Fotográfica de Madrid a principios del siglo XX.

El 6 de marzo de 1987 la Comunidad de Madrid adquirió al anticuario Mariano García Díaz por un valor de 225.000 pesetas (1350 €), una colección de 217 fotografías realizadas por Ripollés en placas de vidrio. Su aportación para la historia del Rastro es fundamental, pues de él proceden las primeras fotografías del mercado (de los bazares, la calle de las Américas y la Ribera de Curtidores) datadas entre 1898 y 1910. El fondo fotográfico se encuentra en la Biblioteca Regional de Madrid, ha sido tratado documentalmente por el personal de la Sección de Materiales Especiales del citado Centro y estudiado en profundidad por Noela Rodríguez Rey en su tesis doctoral *“Fondos y Colecciones Fotográficos del Archivo y Biblioteca Regional de la Comunidad de Madrid: descripción y análisis.”*













Juan Miguel Pando Barrero



Juan Miguel Pando Barrero

Madrid (1915 – 1992)

Fotógrafo industrial y de arquitectura, corresponsal de guerra, retratista de gentes y paisajes. Hijo y nieto de tipógrafos, practicó los oficios de electricista y ayudante de botica, conocimientos que le fueron útiles cuando ingresó a los quince años, en el estudio fotográfico de Mariano Moreno, del que acabó siendo su principal ayudante. Sus reportajes de las capeas en Illana (Toledo) y las maniobras militares en Retamares (Madrid), le valieron ser contratado por la agencia Associated Press. En 1940 creó y dirigió la “*Agencia Pando*” hasta su fallecimiento. El archivo fue adquirido por el Estado entre 2003 y 2005.

Fotografías propiedad del Ministerio de Cultura y Deporte, a través del Instituto del Patrimonio Cultural de España (IPCE)



















Juan Pando Despierto



Juan Pando Despierto

Madrid (1943)

Hijo del fotógrafo Juan Miguel Pando Barrero, nació en el seno de una familia con antecedentes militares. Recibió una triple formación: la histórica, la militar y la fotográfica. Se doctoró en Geografía e Historia en 1993, con la tesis *“El mundo militar a través de la fotografía: España y el hecho internacional 1861-1921: Valores estéticos, sociológicos y políticos”*, dirigida por José Enrique García Melero en la UNED. En el ámbito de la fotografía ha sido galardonado con numerosos e importantes premios, a destacar el Premio Nacional de Fotografía Turística, (1973) y el Premio Villa de Madrid de fotografía (1977).

Fotografías propiedad del Ministerio de Cultura y Deporte, a través del Instituto del Patrimonio Cultural de España (IPCE)











José Luis Mur Vidaller



José Luis Mur Vidaller

Labuerda (Huesca). 1949

Siendo un niño se compró a escondidas de sus padres, por 99 pesetas, una cámara a contrarrembolso en el semanario gráfico “*Siete Fechas*”. En 1972 fichó como futbolista profesional por el Atlético de Madrid jugando de portero, pero una inoportuna lesión en la mano le obligó a retirarse del fútbol profesional. Montó en el Rastro con un amigo un puesto de material fotográfico de ocasión, posteriormente abrió “Fotocasión” una tienda de fotografía en la calle Carlos Arniches y en el año 2000 trasladó la tienda a la calle de la Ribera de Curtidores. Gran coleccionista de cámaras y de fotografías, lleva fotografiando El Rastro desde que llegó a Madrid.

“Fue a finales de los años 60 cuando pisé por primera vez las vibrantes calles de este espacio multicultural. Me sorprendió gratamente, aunque en aquel momento no pensé que algún día se convertiría en el lugar donde establecería mi futuro profesional y se cumpliera mi principal pasión, la fotografía. Mis primeras imágenes del Rastro las realicé con un cámara Minolta réflex con un objetivo 50 mm. 1.4 y una Yashica 6x6. Ya en los años 70 adquirí en la Plaza Vara de Rey la primera cámara antigua, una Kodak panorámica con la que me inicié en el coleccionismo e investigación en la historia de la fotografía a través de la cámaras.”















César Lucas



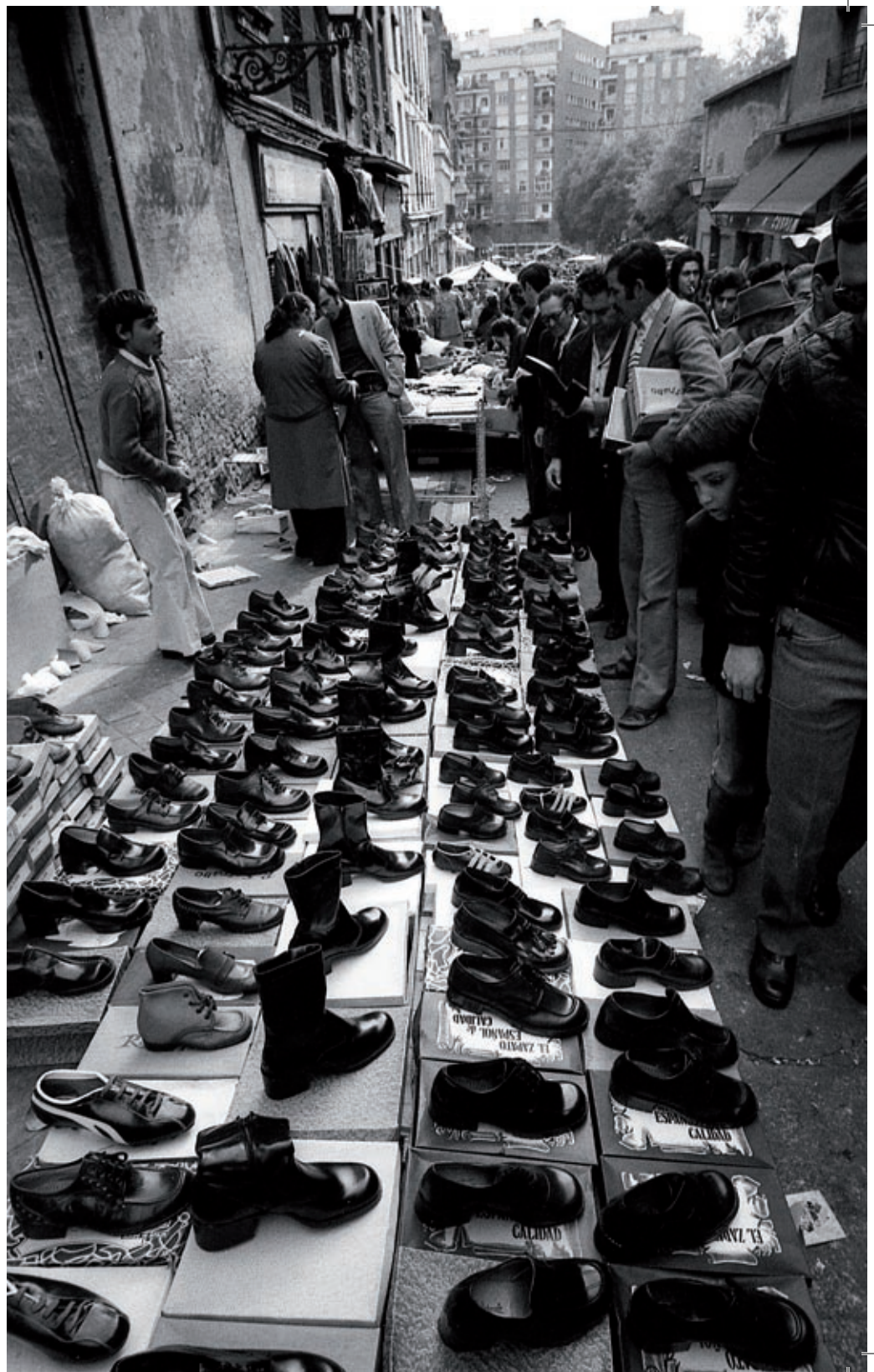
César Lucas

Cantiveros (Ávila). 1941

A los 17 años entró como fotógrafo de prensa en la agencia Europa Press. En 1959 retrató al Che Guevara paseando por Madrid cuando hizo escala camino de Egipto. En 1960 comienza a trabajar en el diario Pueblo como redactor gráfico y en 1965 creó su propia agencia gráfica “Cosmo Press” retratando a todas las estrellas del cine europeo y americano que venían a rodar las películas a España. En 1976 fue nombrado el primer Jefe de Fotografía del diario El País, Es un todoterreno de la fotografía con amplia trayectoria en sus distintas vertientes: retrato, desnudo, reportaje periodístico y de viaje. Sus libros más destacados son: El “*oficio de mirar*” (Ed. Lunwerg) y “*César Lucas*” (Photobolsillo, Ed La Fábrica).

“Hice mis primeras fotografías en el Rastro, en el año 1976, para el periódico El País. Le cogí gusto. Desde entonces, el Rastro, me produce mucha atención y curiosidad en las imágenes que descubro en cada visita. Es un mundo antiguo y moderno. Fantástico”.















Eduardo Dea González



Eduardo Dea González

Madrid (1947)

Eduardo Dea González ingresó en la Real Sociedad Fotográfica en 1972, donde se formó como fotógrafo junto a un selecto grupo de amigos con los que compartió largas horas de afición y sabiduría. Distinguido con numerosos premios, sus instantáneas forman parte de las mejores colecciones fotográficas de España, incluyendo al Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía. En 1998 se publicó el libro *“La Savia del Rastro 1975-1995”*. con motivo de su exposición dentro del festival “PhotoEspaña 98”. En el año 2003 la Editorial La Librería publicó su segundo libro *“Personajes y escenas del Rastro Madrileño”* .

“Mi tío, que fue anticuario, me llevaba de niño con relativa frecuencia al Rastro; a mi madre modista, también la acompañaba cuando iba a buscar retales de telas para hacer vestidos y a mí siempre me interesó la esencia de lo pasado. Pero lo que verdaderamente me fascina de este lugar son las personas que lo conforman. Yo las fotografío con la intención de que formen parte de su historia”















Vicente López Toño



Vicente López Tofiño

Cuenca (1949)

Vicente se inició en la fotografía en 1968 dentro del campo de la fotografía industrial y arquitectónica. Tras un periodo como fotógrafo de prensa en su Cuenca natal, ingresa en el departamento de formación de Telefónica. Ha sido docente, y comisario fotográfico. En el año 2007 recibió el encargo del Ministerio de Educación, Política Social y Deporte junto a Juan Manuel Castro Prieto, Juan Manuel Díaz Burgos y Raúl Ortega la elaboración del libro *“Retratos de familia: miradas a las familias españolas del siglo XXI”*. En el año 2016 la Diputación Provincial de Cuenca le publicó el libro *“Cuenca en la mirada”*. Ha recibido múltiples premios y ha realizado numerosas exposiciones.

“El Rastro es una referencia geográfica importante de Madrid, y desde el punto de vista fotográfico es un lugar apasionante y de gran interés etnográfico. No solo me interesa el mercado en sí y todo lo que sucede en sus aceras, sino que también me interesan las escenas cotidianas de los habitantes del barrio”















Bernardo Pérez Tovar



Bernardo Pérez Tovar

Madrid, 1956

Comienza su actividad fotográfica en 1975 en la revista Personas y en El Socialista. Un año después, forma parte del equipo fundacional del diario El País. Como redactor gráfico de El País ha cubierto todas las áreas de la información: desde los principales acontecimientos de la transición española, a conflictos internacionales y eventos deportivos. Realizó una serie de reportajes sobre el mundo árabe con el escritor Juan Goytisolo y la periodista Maruja Torres. Con esta última también recorrió toda América y parte de Europa para El País Semanal. Ha compaginado su trabajo de fotógrafo con labores de edición gráfica.

“El Rastro es para mi, parte de esa patria individual que es la infancia y la adolescencia. Era y es parte del barrio, vivía entonces en Mesón de Paredes y estaba en la esfera de mis juegos. Bajábamos la Ribera de Curtidores con el palo y la rueda o los patines. Desde los quince años, hasta el 76, fui vendedor. Tenía un pequeño puesto al lado de los servicios públicos donde nos poníamos los hippies y vendía pulseras y bolsos de cuero, que confeccionaba desde la tarde del viernes hasta la madrugada del domingo. Fue mi primer trabajo y me permitió ser independiente económicamente desde el primer día al último. Le debo mucho al Rastro. Fue, por encima de todo, para mi, una gran escuela de vida. Aprendí a tratar con la gente, a convencer, a negociar, a ganar y a perder manteniendo la sonrisa. Esa misma que se me instala en la cara cada vez que paseo por sus calles o pienso en él. El reportaje es del verano de 1985 y se publicó en el Semanal de El País, mi querido periódico que me alejó del Rastro para siempre.”















Jorge Pío Rayón



Jorge Póo Rayón

Comillas (Santander). 1960

Se inicia en el mundo de la fotografía a los diecisiete años. Ha trabajado como fotógrafo profesional en televisión, cine, teatro, arquitectura, prensa, fotografía industrial y sobre todo en el reportaje fotográfico. Ha ejercido como docente en academias y en talleres de fotografía. En la década de los noventa del siglo pasado, durante su estancia en Madrid, acude con frecuencia los domingos al Rastro en busca de fotografías, convirtiéndose en una verdadera pasión.

“Para mí todo comienza cuando a la edad de nueve años, tras mi primer y largo viaje a Madrid desde Comillas de la mano de mis padres, tío y abuelo, voy por primera vez al Rastro, un lugar que me pareció fascinante, donde podía ver a gentes rarísimas que tenían todo tipo de cosas, la mayoría desconocidas para mí, tiradas por el suelo. El ambiente era bullicioso y tranquilo a la vez, donde se veían muchas cosas y muchas caras sorprendentes y a veces muy cercanas y donde también se oían voces vibrantes que ofrecían a la gente que se aprovechaban de las “gangas”. Todo me atraía y me sorprendía pero a la vez no lo entendía. Creo que iba de la mano de mi madre para no perderme entre tanta gente. El recuerdo más vivo y penetrante fue ver a un señor muy mayor arrugado y serio que vigilaba con mucho celo lo que había extendido sobre el suelo a su vera: una hoja doble de periódico sobre la que había sin orden alguno unas cuantas piedras de distintos tamaños, unos cuantos tornillos roñosos y una dentadura postiza; para mí esa “combinación” con tales objetos me produjo una gran impresión, quedé conmovido, me llamó muchísimo la atención, también la de mi madre y mi abuelo por los gestos de una y los golpecitos que me daba con el codo el otro. Esta imagen de vivo recuerdo es la que he estado buscando por el Rastro obsesivamente al volver muchos años después, a partir de 1987, para poder fotografíarla y plasmarla y de alguna manera tenerla a mano, pero, claro, nunca lo he conseguido, nunca lo he encontrado. Seguirá en la memoria donde siempre estuvo.”











Miguel Ángel Sintes Puertas



Miguel Ángel Sintes Puertas

Barcelona (1960)

Tras un breve periplo a lo largo de la Nacional II, llegó a Madrid a la edad de seis años, ciudad en la que vive desde entonces. En 1982 terminó sus estudios de Magisterio en la Universidad Complutense de Madrid. Fue por aquellos años ochenta del siglo pasado cuando sus hermanos pequeños le enseñaron los primeros pasos en la fotografía fotoquímica con una pequeña ampliadora DURST. Ha recibido docencia de los fotógrafos Alberto Schommer, Alberto García Alix y Juan Manuel Castro Prieto.

“llegada la juventud, cuando la zona de confort que te proporciona el barrio empieza a quedarse pequeña y se siente la necesidad de explorar la ciudad más allá del terreno de la infancia, empecé a frecuentar el Rastro de Madrid donde vivían mis amigos Leonor y Manolo en la calle Arganzuela. Los aperitivos de los días festivos por la zona coincidieron con mi creciente interés por la fotografía y cargado con mis cámaras me dediqué a compartir ocio con instantáneas que recogían el acontecer del popular mercado madrileño.”





Metro

La Latina











Julián Rojas Ocaña



Julián Rojas Ocaña

Jaén (1961)

Estudió fotografía en la Escuela de Artes y Oficios de Jaén. Se inició como fotógrafo en el Diario Jaén, y al poco tiempo empezó a colaborar con Diario 16 y con las revistas Entreviú, Panorama y Tiempo.

A finales de los 80 comienza a trabajar para el periódico El País realizando reportajes por Andalucía y el norte de Marruecos. Internacionalmente ha publicado sus fotografías en Time y en las agencias EFE y AP.

“El primer día que visité el Rastro, era un niño y todo era nuevo para mí. El bullicio de los vendedores, los colores de los puestos, las mercancías y una gran diversidad de personas. Ahora, ya siendo adulto y madrileño de adopción, sigo experimentando sensaciones parecidas, encontrándome gente de una vida distinta a la del resto de la semana, como si cambiáramos la forma de vivir y sentir cuando vamos al Rastro. Un lugar que siempre inspira para congelar un instante con la cámara y ser recordado para siempre. Durante la pandemia, El Rastro estuvo mucho tiempo cerrado al público, pero no dejé de ir los domingos y ver como algunas personas paseaban por las calles vacías, esperando que llegara el día que volviéramos a ver las calles llenas de gentes buscando alguna cosa que comprar o simplemente mezclarse entre los demás y formar parte del Rastro.”















Pepe Calderón



Pepe Calderón

Madrid (1969)

En 1988 inicia sus estudios de fotografía realizando un taller ofrecido por el Ayuntamiento de Madrid. Completa su formación fotográfica con un seminario impartido por Cristina García Rodero (2012) y otro por Xavier Mollá (2013). Ha sido premiado en importantes certámenes fotográficos y ha expuesto su obra en numerosas ocasiones.

“según la RAE, una de las acepciones de RASTREAR es «someter una zona a un examen detenido en busca de algo o de alguien». Cuando tengo la cámara en mis manos siempre busco, miro, observo e intento captar aquello que llama mi atención. El Rastro madrileño es un lugar privilegiado para encontrar ese algo o alguien todas las mañanas de domingo. Algo como arquitecturas, detalles, objetos atemporales, chismes, claroscuros, sombras, reflejos. Alguien que nos sorprenda, nos hipnotice, nos conmueva entre la gran variedad de personas que dan vida a su manera las empinadas calles del barrio de Embajadores. Yo, como fotógrafo, voy rastreando los adoquines, las puertas y fachadas, los puestos de viejo en busca de un chollo, de esa foto que intenta ser diferente pero que quiere expresar la variedad multicultural y social de las míticas calles que rodean la Plaza del Cascorro. Y si resulta que ese día no estoy inspirado tampoco pasa nada, siempre agrada darse un paseo entre los cachivaches y las cámaras y fotografías antiguas en busca de otro tipo de chollo. Porque no nos olvidemos que el Rastro ante todo es socializar y uno de los mejores sitios para tomarse un aperitivo.”























El Rastro

s e m p i t e r n o

Miguel Ángel Sintés Puertas



Decía Gómez de la Serna que “*El Rastro es sobre todo, más que un lugar de cosas, un lugar de imágenes y de asociaciones de ideas*”, destacando asimismo la “*suprema hilaridad que hay entre todas las imágenes y todos los objetos*”.

El Rastro de Madrid es un espacio singular, quizás el único que en este momento se resiste a la globalización que impera en todas las grandes ciudades del mundo. Siempre ha sido un territorio insólito y por eso ha ejercido una fuerte atracción para el mundo de las artes. Cineastas, pintores, escritores y fotógrafos han sentido una fascinación especial por este lugar y han plasmado su particular visión de la vida que latía por las arterias de este barrio. Y si todas las artes han contribuido a descubrir El Rastro, la fotografía que tiene como virtud y deber el transmitir a las generaciones venideras el testimonio gráfico de lo que aconteció, posiblemente es la que más ha aportado a su divulgación. Fotógrafos como Cualladó, Ignacio Barceló, Cas Oorthuys, Santos Yubero, Catalá Roca, Alfonso, Nicolás Muller, Gianni Ferrari o Carlos Saura, entre otros muchos, han narrado fotográficamente, cada uno con su estilo y su impronta, la vida de El Rastro.

En este libro “*El Rastro sempiterno*” una miscelánea de fotógrafos nos muestran su particular visión del popular mercado madrileño y aunque d instantes en el tiempo, todos tienen

en común un sólido y perseverante trabajo fotográfico en El Rastro a lo largo de sus vidas. Evidentemente un libro de estas características, no puede pretender recoger a la totalidad de buenos fotógrafos y fotógrafas que en algún momento han plasmado con sus cámaras alguna magnífica instantánea. Ese interesante trabajo de gran archivo documental sería más propio de alguna institución estatal, municipal o autonómica que con mayores posibilidades económicas y administrativas se podría encargar de su ejecución.

El primer fotógrafo que inicia el recorrido de este libro es **Andrés Ripollés y Baranda**, aristócrata de posibles y muy cercano al círculo fundacional de la prestigiosa Real Sociedad Fotográfica. Ripollés fue el primer fotógrafo del que tenemos constancia, que a principios del siglo XX empezó a retratar los antiguos bazares de las Américas y sus alrededores y para ello empleó una cámara que utilizaba placas de vidrio a las que se recubría de una emulsión sensible a la luz. Sorprende que proviniendo de la Real Sociedad Fotográfica emprendiese un trabajo documental más propio de mediados del siglo XX, pues no debemos olvidar que por esa época las tendencias fotográficas que imperaban en los círculos fotográficos eran muy pictorialistas¹, alejadas de la realidad. En sus fotografías podemos observar a numerosos personajes de la escena

¹ El pictorialismo fotográfico fue un movimiento artístico en la fotografía que surgió a finales del siglo XIX y principios del siglo XX. Se caracterizó por buscar la expresión artística y emocional a través de la fotografía, en contraposición a la mera representación documental de la realidad.

madrileña de principios del siglo XX, hombres ataviados con robustos ternos y pesadas capas sobre sus hombros, y casi todos monterados con bombines, chisteras, boinas o modestas viseras. Las mujeres con sus chales, blusas y faldas largas de tonalidades oscuras que disimulan el desgaste, también aparecen con el cabello cubierto por negros pañuelos. Observando detenidamente sus imágenes podemos sumergirnos en el tiempo y fantasear con el Madrid galdosiano.

La familia Pando, padre e hijo, nos legaron hermosas imágenes de El Rastro de la posguerra, un Rastro que reflejaba la realidad económica y social de España tras la Guerra Civil. El país estaba sumido en una situación de precariedad, marcada por la escasez de recursos y la austeridad. A pesar de las dificultades, seguía siendo un lugar donde la población madrileña buscaba oportunidades para adquirir productos esenciales y encontrar objetos de interés a precios asequibles. En sus fotografías observamos al gracioso Nicanor tocando su infatigable tambor, a señores endomingados del que cuelga de uno de sus brazos la señora que le acompaña, posiblemente después de haber asistido a la misa dominical o de fiesta de guardar, al vendedor muestrario de corbatas y también podemos evocar inolvidables edificios emblemáticos del Madrid de aquella época, como el añorado "corralón" de la calle Carlos Arniches, una edificación de infraviviendas donde se hacinaban a partes iguales la picaresca y la solidaridad de su vecindario, y que los días de

mercado albergaba en sus bajos el trasiego de compradores, mirones y comerciantes.

El polifacético José Luis Mur, posiblemente la persona que más conocimientos posee de aquellos artilugios que tengan algo que ver con la fotografía, nos sorprende con su faceta de fotógrafo. Destacado coleccionista de cámaras y obras fotográficas nos enseña su destreza en la captura de instantáneas, mostrándonos un Rastro en transición, entre aquel Rastro de la posguerra y el Rastro venidero de los años setenta. En una de sus instantáneas la expresión de asombro en los ojos ingenuos de una niña se mezcla con miradas de indiferencia e incluso de diversión por parte de quienes rodean al "pompero" de jabón que ensimismado en su tarea, sueña con vender toda su mercancía lo más rápidamente posible. Comerciantes de pelo engominado aprovechan los momentos de respiro para cortarse la uñas y señoras de mirada perdida en el horizonte, son observadas con desdén por un cristo amputado que espera la compasión de algún dominguero visitante que le haga emprender el tránsito a otra vida y en otro lugar.

César Lucas realizó a finales de los años setenta en El Rastro de Madrid un trabajo fotográfico que refleja la sociedad madrileña de aquellos apasionantes años de la transición, un país que quería despertar de una pesadilla y soñar con un nuevo futuro. César, un fotógrafo todoterreno indispensable en la fotografía española, es el autor de la histórica fotografía del Che Guevara en

la Ciudad Universitaria de Madrid, así como de numerosos retratos de personajes del mundo del celuloide, de políticos de la transición española y de sensuales desnudos, y que gracias a su bonhomía se llevó la amistad de John Lenon grabada a fuego de un chisquero. En sus fotografías los "grises y guindillas" conversan con gesto adusto dándole la espalda a Eloy Gonzalo, que antorcha en mano, fusil al hombro, lata de gasolina y sogas al costado, vigila impasible el ir y venir de los madrileños que transitan por la empinada Ribera de Curtidores, mientras que los soldados de reemplazo compran pelucos a melencuados calés para no retrasarse a la hora de la retreta. César que es un fotógrafo incansable tiene una gran capacidad de adaptación ante las nuevas tecnologías y continúa fotografiando El Rastro con su teléfono móvil todos los domingos.

Eduardo Dea, un fotógrafo espigado en este barrio y que de forma magistral ha retratado el Rastro domingo tras domingo durante muchos años, husmeó pacientemente el firme empedrado que cubría las empinadas cuestas del trazado de este singular mercado. El Rastro que inmortalizó Eduardo es hoy ya una quimera irreconocible.

Desaparecieron los trileros, los canarios y los periquitos en sus jaulas de oro, los cachorros faltos de pedigrí y los limpias que daban lustre a los calcos de los patriarcas, mientras que la prole se desgañitaba tras los tenderetes. Imágenes de ropavejeras sepultadas en sus pertenencias y comerciantes que aprovechan para echar un

último vistazo al libro que puede desaparecer del tenderete en cualquier momento, se asoman en las páginas de este libro.

Eduardo Dea es el autor de una de las fotografías más emblemáticas hechas en España en el siglo XX, "*La ruleta de los pobres*" conocida popularmente en el ámbito fotográfico como la "*foto de los trileros*" realizada en noviembre de 1977 en la Plaza del Campillo del Mundo Nuevo. Mientras que los más pequeños intercambiaban ilusionados sus cromos para completar el interminable álbum, un pequeño grupo de hombres se agolpa formando un círculo alrededor de una sencilla mesa de tijera. Los trileros, expertos en el arte del engaño y la ilusión crean una atmósfera animada y bulliciosa, algunos espectadores observan con fascinación, cautivados por la destreza del trilero, mientras que otros miran con escepticismo desde la periferia, conscientes de la naturaleza engañosa del juego. Los fotografiados en torno a la mesa, presentan marcadas líneas de expresión en sus frentes que reflejan una vida intensa y sus atuendos son toscos, alejados del refinamiento de los lujosos casinos. Un cubilete de cuero reposa inmóvil sobre el tapete de cartón a la espera de que las manos del trilero lo mueva a una velocidad sorprendente. A medida que el juego avanza, se incrementa la tensión en el ambiente, es el momento en el que el gancho entra en acción animando al incauto a apostar. La esperanza del premio se refleja en los rostros de los participantes, sin embargo, los trileros son

maestros en su oficio y, en última instancia, el resultado del juego siempre está en sus manos. Con un gesto rápido y un movimiento calculado, revela el desenlace, dejando al ingenuo apostante resignado por su derrota.

Vicente López Tofiño, otro de los fotógrafos todoterreno de la fotografía española, siempre comprometido con los más necesitados, se centra no solo en el aspecto comercial, sino que pone el punto de mira de su cámara en los vecinos que lo habitan. Sus fotografías reflejan una profunda conexión entre la realidad y la vida cotidiana de este emblemático mercado. Encuentra la belleza en bustos femeninos de plástico adornados con sombreros veraniegos y en retratos íntimos que sorprenden con ternura a la fumadora que busca con cierto desespero, el mechero que oculta como un tesoro en el interior del sujetador. En otra imagen, una señora ya de cierta edad, camina con aire de preocupación una fría mañana de domingo enfundada en un cálido abrigo y envuelta en una bufanda, sujeta con firmeza un ramo de flores. Observa el ramo con una mezcla de melancolía y gratitud y a su alrededor, el bullicio de la ciudad parece difuminarse, dejándola a solas con sus reflexiones y el valioso tesoro que lleva consigo.

Bernardo Pérez Tovar nos muestra un trabajo publicado en el Semanal de El País con unas imágenes que tienen un aroma ochentero inconfundible. Fotografías alejadas de la tiranía de la nitidez del pixel binario y de los colores

estridentes provocados por el excesivo retoque digital. El Rastro de Bernardo es festivo, muy festivo, un Rastro que concentra a los más jóvenes a la hora del vermú en la Bobia y en otros locales de referencia de esa época. Aborda la presencia de la farándula cañí por las calles de Madrid, tan frecuentes no hace mucho tiempo. Al escenario tradicional de la cabra equilibrista sobre una escalera, las trompetas y el teclado electrónico presentes en toda actuación callejera, se suma la inusual presencia de un chimpancé ataviado con un vestido tricotado multicolor demostrando sus destrezas sobre un triciclo. La imagen es un contraste entre lo infantil y lo salvaje, una imagen divertida porque es un poco absurda. El chimpancé parece estar disfrutando de su paseo, pero también parece un poco perdido. Es como si no estuviera seguro de cómo llegó allí o qué está haciendo. Aunque todos sabemos, que por mucho que la mona se vista de seda, mona se queda. Sus fotos me resultan tan cercanas que algunos de los que salen retratados podrían ser perfectamente mis padres o mis tíos.

Jorge Póo, que ha fotografiado con pasión El Rastro de Madrid durante muchos años, encuentra en este escenario fotografías cargadas de ironía y de humor, mostrándonos en ellas el absurdo y lo grotesco. La ironía y el humor están muy presentes en todos los aspectos del Rastro, es un lugar donde se puede encontrar lo inesperado y reírse de uno mismo y de la vida. Sus fotos son un recordatorio de que, a veces, la risa es la mejor

forma de criticar la sociedad. Sus fotografías, pese a estar tomadas en espacios muy concurridos, nos transmiten soledad y desasosiego, capturan un contraste intrigante entre el individuo y su entorno. Un ejemplo elocuente lo encontramos en la fotografía de una estatua femenina que se asoma desconcertada a la puerta entreabierta de un comercio, con el pecho desnudo y el semblante triste. Observa el horizonte ayudada de su mano izquierda colocada a modo de visera sobre su frente. Ante los carteles de “cerrado” y “vuelvo enseguida” se siente abandonada como un perro en una gasolinera.

Julián Rojas nos ha querido mostrar un Rastro más cercano en el tiempo, un Rastro silenciado y silencioso por la pandemia tan reciente. En sus fotografías las personas reflejan en sus rostros el cansancio y la incertidumbre de la espera a la vuelta a la normalidad. Sus imágenes destacan por un gran dominio en el manejo de la luz, con un perfecto equilibrio entre las luces y las sombras, una habilidad que en fotografía es todo un desafío complicado de gestionar. Además, la cálida luz que emplea transmite serenidad en un entorno tan acostumbrado al bullicio. En una de sus fotografías, dos muñecas antiguas descansan en una pared, cada una portadora de una historia propia. Sus cuerpos muestran los inexorables signos del paso inclemente del tiempo y sus rostros, delicadamente coloreados, lucen ahora desgastados y con las pinturas desvanecidas, otorgándoles un aire de misteriosa melancolía. En su estado actual, cuentan

una historia de tiempos pasados y del cuidado que alguna vez recibieron. A pesar de su fragilidad y abandono, todavía poseen una belleza única y su presencia evoca una sensación de respeto por las vidas que representaron en su apogeo. Son testigos silenciosas del paso del tiempo, recordándonos la fugacidad de la infancia y la importancia de preservar los tesoros del pasado.

Por último, **Pepe Calderón**, el más joven de todos los que generosamente han querido participar en este libro, se centra más en los pequeños detalles que suelen pasar desapercibidos generalmente a los viandantes y mirones que no van buscando ese sutil detalle para enmarcar en una fotografía, como las tachuelas metálicas en el suelo que identifican el número del puesto o los marcos vacíos que se llenan de contenido con un simple cierre de un comercio. Termina su reportaje con la gente que en los años ochenta encontró su espacio de ocio en El Rastro, más por estar en un lugar emblemático de Madrid que por lo que representa en sí mismo. La escena de los jóvenes rockeros de marcha por El Rastro, es una imagen vibrante y llena de energía. Su estilo rebelde y distintivo reflejan su afición por la música rock. Ataviados con camisetas, chalecos de cuero desgastados y chaquetas adornadas con parches de sus grupos favoritos, resaltan su actitud desafiante ante las normas establecidas.

¡¡¡ Pasen y miren!!! Esto es El Rastro

Miguel Ángel Sintés Puertas

